

menester para completar el juicio. Y no era sólo el amplificador, sino también el simplificador de la voluntad de Sagasta, sugiriéndole más de una vez la idea de aminorar la acción cuando así era necesario, ó de reforzarla en ocasiones de verdadera gravedad y desconcierto.

Como periodista, Ferreras no fué nunca tribuno de las multitudes; era el atenuador de las pasiones, el pregonero de la verdad y de la razón. Con igual interés le leían los de corazón frío y los de temperamento arrebatado. A sus dictámenes daba fuerza la misma moderación con que los escribía, y la sencillez persuasiva de su estilo, no exento de donaire en ocasiones, siempre conciso, veraz, y despojado de flores retóricas.

Por la exactitud de sus informaciones, por la claridad de su criterio y la recta intención de sus juicios, todos los periodistas de Madrid le llamaban *el maestro Ferreras*. Maestro fué en verdad: no lo olviden los que en la generación presente consagran su existencia á la información y comentario de las cosas políticas; aprendan de aquel modelo la verdad, la mesura, la claridad del juicio, la consecuencia. Por estas virtudes fué y es don José Ferreras una de las glorias más puras de la prensa española.

Madrid, Mayo de 1904.

DON RAMÓN DE LA CRUZ

Y SU ÉPOCA

PARTE PRIMERA

Breve reseña del movimiento literario en el siglo XVIII.
—El Teatro.—Don Ramón de la Cruz; algunas noticias de su vida.—La sociedad del siglo XVIII.

I

Es el siglo décimooctavo en nuestra historia una de las épocas de más difícil estudio. La confusión, la heterogeneidad, el carácter indeterminado con que se manifiestan sus principales hechos, la pequeñez relativa de sus hombres, son causas de que no se muestre accesible á la investigación, ni se preste á una síntesis clara. Siglo de transición en política, en artes, en literatura, en costumbres, ya se nos presenta como un período de marasmo y debilidad, que sólo inspira lástima ó menosprecio, ya como época de elaboración latente, de oculta fuerza impulsiva, digna de admiración y agradeci-

miento. Dudamos si es causa de los males de todas clases que aún afligen á nuestra sociedad, ó si le debemos no haber caído en otros peores. Ignoramos si fué él quien nos trajo á nuestra actual postración, ó si, por el contrario, nos ha hecho seguir, aunque algo rezagados, la marcha de la civilización europea.

Aquí la fisonomía y tendencias del siglo xviii no son, como en Francia, determinadas y concretas. Fué allí muy enérgica la acción de las ideas, y se mostró diáfana y firme en todos los accidentes históricos, haciendo de aquella época un cuadro completo. Entre nosotros no pasó así; y aun hoy miramos con estupor el plazo larguísimo que media entre la aniquilación de la casa de Austria y la guerra de la Independencia, sin acertar á descubrir lo que entrañan sus oscuros días.

Asimismo, una parte no pequeña de la confusión que existe en este período, ha consistido en la falta de trabajos históricos que lo ilustren y aclaren. No hubo siglo más descuidado de nuestros historiadores, ni de ninguno nos hemos inquietado menos, á pesar de tenerlo tan cerca. Parece como que nos repugna siempre volver los ojos allá por el temor de no encontrar sino flaquezas y pequeñeces. Y en efecto: la poca austeridad de nuestro carácter, unida á nuestra presunción, nos inclinan siempre á contemplar las épocas históricas en que más adulado se encuentra nuestro amor propio; y siempre que

hacemos historia, nos vamos derechos á los amados siglos xv y xvi, donde tenemos nuestra mitología. No puede negarse que hay en nosotros una repulsión infundada hacia todo lo acontecido en España desde 1680 hasta la edad presente: en aquellos años ni nos admira la historia, ni nos seduce la literatura, ni nos enorgullecen las costumbres. No reconocemos en nuestros abuelos á los hombres de aquella España cuya grandeza estudiamos de niños en insulsos manuales de Historia, que nos llenaban de vanagloria y orgullo. Sin embargo, no hay época más digna de estudio: de ella procedemos, y aunque una observación superficial no encuentre allí sino motivos de abatimiento y hasta de vergüenza, no conviene condenarla con ligereza, ni juzgarla con una mira estrecha de intereses actuales ó con el extraviado criterio del partido político.

El siglo xviii representa:

En las costumbres: perversión del sentido moral; fin de la mayor parte de las grandes cualidades del antiguo carácter castellano; desarrollo exagerado de todos los vicios de este carácter; falta de dignidad en las jerarquías sociales; confusión de clases, sin resultar nada parecido á la igualdad; relajación de las creencias religiosas, sin ninguna ventaja para la filosofía.

En política: confusión, y el espíritu de ensayo disfrazado á veces con la forma de la iniciativa; ausencia completa de todo sistema fijo; falta de principios, y entroniza-

miento del más ramplón empirismo; creación del pandillaje en grande escala, y conatos de formar algo semejante á un orden administrativo; imperio de las camarillas, y extensión desusada de la idea de lo oficial; invención de los pactos de familia; laudables empeños de adelantamiento material que se estrellan en los vicios inveterados de nuestras leyes, y en la organización de la propiedad.

En las letras: último grado de la frivolidad y el amaneramiento; exageración hasta el delirio de los vicios hereditarios de la poesía castellana; pérdida de la noción pura de la belleza y de toda intuición artística; olvido del carácter nacional, olvido de la historia; cultivo preferente de todas las cualidades exteriores del estilo; muerte de la idea; tendencia del arte á no producir más que una impresión sensual; introducción de las fórmulas más necias de poesía; violencia del lenguaje y uso del valor material de las palabras como único medio de expresión; imperio del preceptismo clásico y de las fórmulas convencionales.

Pues en aquel período en que todas las manifestaciones de la vida del país indicaban lastimosa decadencia, y un conjunto de vicios que sólo inspiran desdén y repugnancia, se observaba el esfuerzo subterráneo de una revolución, de una fuerza desconocida que aspiraba á realizar considerable trastorno. Iniciada la revolución desde los primeros años del siglo, así en política como en

literatura, empezó tímida y desconfiada; siguió minando sin cesar, luchando con infatigable desvelo, y de seguro habría alcanzado un triunfo pronto y decisivo, si la sostuvieran hombres de genio superior. La reforma literaria no habría sido tan lenta y débil como fué, si hombres de más grande ingenio hubieran puesto en ella la mano. En otra esfera más alta, en la del Gobierno, la revolución fué menos política que administrativa, y aun así no tuvo adalides de primer orden.

Los accidentes de la lucha en todo el siglo XVIII son curiosos en extremo. Estas épocas de transición no elevan el ánimo; no conmueven por lo grandioso de las empresas, ni por el atrevimiento y sublimidad del espíritu que las anima, porque este espíritu carece de unidad. En las épocas de lucha intestina, la unidad desaparece: las naciones son un vasto palenque donde combaten y se devoran aspiraciones opuestas. En estos días de análisis, no se pide á un pueblo que descubra y conquiste la América, ni que lleve su cultura y sus armas á todos los confines del mundo: las naciones se postran vencidas de la agitación que bulle en su seno; son ineptas para todo movimiento exterior, y sus escasas fuerzas son consumidas en el penoso trabajo interno. Las épocas de gestación no son brillantes en la historia, son frías y tristes. Búsquese la magnificencia y el interés en los siete siglos de la guerra con los árabes, ó en las

fabulosas empresas del Renacimiento: aquella remota vida cautiva y suspende el ánimo con la serena majestad de la epopeya. En tiempos más cercanos, en el siglo XVIII, buscar un movimiento espontáneo, vigoroso, del espíritu nacional, sería inútil; porque en la sociedad de entonces, casi como en la de ahora, el trabajo incesante de organización es todo lucha, lenta y sorda unas veces, agitada y convulsa otras, la vida de la pasión varia y de la aspiración individual, el drama en fin.

II

Nada nos revelará la fisonomía moral del siglo XVIII como su literatura, que es, por el caos que en ella reina, su más exacta imagen, ó confesión formulada espontáneamente por el mismo. Para formar idea del estado intelectual de aquella singular sociedad, basta hojear el fárrago de malos ó medianos poetas que vivieron en ella: sólo así se conoce el nivel á que habíamos descendido. Bajeza, vulgaridad, insulsez, pedantería, eran los caracteres de la musa castellana cuando aparecieron los reformistas. Antes de Luzán, cuya *Poética* marca la primera época de una lucha que duró años, encontramos un período desdichado en el cual la poesía conceptuosa del siglo XVII arrastró vida miserable, de agonía deliran-

te, que la llevaba á morir sin brillo y sin gloria. Muerto el genio y apagado el calor que le dió vida, no le quedaba más que el vestido y las galas de una falsa retórica. Ensanchaba enormemente su imperio la necedad. No hay paciencia que resista la lectura de Benegasi, Bernaldo de Quirós y Alvarez de Toledo (don Ignacio). No valían mucho, aunque mostraban cierta noble aspiración literaria en sus escritos, Gerardo Lobo, don Gabriel Alvarez de Toledo, Torres y Villarroel y el Marqués de Lazán. Tal vez alguno de éstos tenía las prendas que constituyen los grandes ingenios; pero no les fué posible apartarse de la moda, ni sobreponerse á la influencia del siglo, que les imponía la extravagante ley de los conceptos y de la pedantería. Gerardo Lobo, Alvarez y don Diego de Torres eran tres caracteres sumamente simpáticos: la originalidad del último, filósofo humorístico de tanto donaire como severidad, no tiene igual sino en el platonismo de don Gabriel, que después de haber sido en sus mocedades consumado galanteador, se consagra en edad madura á los austeros goces de la contemplación mística. El desenfado de Gerardo Lobo, su humor ligero y versátil, su natural nobleza y una refinada cultura, le hicieron muy popular en su tiempo. Apuntamos estos detalles para que se explique la facilidad con que cautivaron al pueblo aquellos ingenios por la sola fuerza de ese atractivo que da la privilegiada condición moral de

las personas. Como poetas valían mucho menos que como hombres.

El culteranismo, alma de la poesía de entonces, no era ya el hermoso extravío de los *preciosos* del siglo xvii; era un alarde ridículo de forzada agudeza expresado con violentas contorsiones del sentido material de las palabras; la robustez, la verdad, la expresión fiel de los sentimientos brillaban rara vez, cuando una chispa del espíritu nacional iluminaba las almas perdidas en un caos de vulgaridad, ignorancia y ridiculidad. Este culteranismo sandio hizo también estragos en algunos conventos de monjas literatas, que extraviadas por el raro ejemplo de los místicos de ambos sexos del precedente siglo, se dedicaron con mucho fervor á componer estrofas al Divino Esposo. Pero por lo general estos desahogos eran madrigales mundanos que las infelices dirigían á Jesús, sin duda con la mayor buena fe, el ánimo sereno y libre de todo melindre pecaminoso.

Los versos de la madre Gregoria de Santa Teresa no dejan de tener la sencillez que acompaña siempre al sentimiento, ni pecan de excesivamente cultos; pero son profanos y revelan el terrenal calor que los ha creado. En la fábula de Sor María del Cielo, titulada *Las lágrimas de Roma*, hay robustez, inventiva, mucho sentido plástico, la alegoría, un poco enrevesada, de los autos calderonianos, con algo del terrible ascetismo del *Condenado por desconfiado*. Tafalla y

el Marqués de Lazán son poetas de gabinete, indignos de fama: sus versos no son expresión espontánea del alma, sino un enfático lenguaje dictado por las circunstancias; versitos á ésta ó la otra dama, con el solo objeto de hacer reír en una tertulia; coplas y sonnetes de miserable y ramplón estilo.

Otro de los más populares entonces fué don Joaquín Benegasi y Luján. La musa de este buen hombre se consagra, entrando por uno de los más frecuentados caminos de la época, á cantar vidas de santos y asuntos morales y filosóficos del modo más enfadoso que cabe imaginar. Los fines de la alta poesía, su verdadero campo y esfera estaban vedados á toda esta gente que no salía de flor de tierra. La popularidad de Benegasi nos revela el nivel literario de un siglo que se divertía con los sistemas filosóficos en seguidillas, ó con la descripción de una enfermedad en décimas. "Los asuntos de Benegasi, que tanto recreaban en su tiempo, dice don Leopoldo A. de Cueto en su *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana del siglo xviii*, dan idea de la pobre esfera á que había descendido aquella poesía insubstancial. Si llovía con abundancia, si nevaba, si se atropellaban unos asnos, si se aplicaban sanguijuelas, si un amigo despedía con facilidad á los criados, si otro pedía una mula, si se emborrachaba su barbero, si picaba una chinche á su criada, si había estornudado una señora, si había goteras en su casa, Benegasi se inspiraba

con estos hechos y otros igualmente triviales. Complaciase especialmente en la descripción de sus enfermedades, aun las más repugnantes (entre otras, una fluxión, la sarna, un reumatismo, las almorranas); y con tales creaciones de una musa asquerosa y casera, formaba voluminosas colecciones, y se atrevía á darlas á la estampa. Así hacían otros igualmente, y el público compraba estos centones de sandeces y fruslerías. Entre tanto, los sucesos patéticos de la vida no le inspiraban sino chocarrerías y profanas sandeces. También tuvo mucha boga un tal fray Juan de la Concepción, fundador de la revista *Resurrección del Diario de Madrid, ó nuevo cordón crítico general de España*. Compuso *El Patán de Carabanchel* y *El Poeta oculto*; y muy extraordinarias y sublimes debieron parecer estas dos obras á sus contemporáneos, pues Benegasi, sin duda porque aquellos ingenios, como los pedantes de Moratín, habían dado en la flor de elogiarse unos á otros, dice del autor:

Aquel ingenio famoso
con quien son al compararse,
roncas urracas los cisnes
y pigmeos los gigantes...

Este poeta pasó á la posteridad, y fué citado por mucho tiempo como modelo de extravagancia y desvarío. Aun hoy responde su fama á un fin de utilidad, porque nadie

mejor que él y los que le precedieron pueden hacernos comprender en toda su ridiculez y liviandad la época en que vivieron.

Toda la poesía perteneciente al primer tercio del siglo era un resto informe de la secular y grandiosa poesía nacional, su último sedimento, después de evaporados y perdidos los elementos espirituales que la constituyeron y le dieron vida. Aquella extraviada musa era rebelde á toda reforma; pugnaba por sostenerse contra lo que se quiso introducir después; quería resistir, y alegaba en su abono su elevado origen, como los nobles degenerados que creen encontrar disculpa á su poco valer en la grandeza de sus ilustres antecesores. La reforma principió á iniciarse con la *Poética de Luzán*, que entonces representaba un gran progreso, porque combatía de frente la amalgama de vicios y torpezas que corrompían el arte; venía hiriendo con violencia, destruyéndolo todo, sin perdonar ni aun los seductores extravíos del siglo xvii. Aunque sobre el libro de Luzán no podía edificarse gran cosa, no se puede negar, atendida su misión demolidora, que fué de inmensa utilidad en aquellos días. El autor se había educado en Italia, venía impregnado en las ideas de la nueva escuela clásica nacida en Francia, y su criterio, salvo algunas diferencias, era el estrecho y mezquino de Boileau, que declaraba el simbolismo pagano principal elemento poético, establecía el rigor de ciertas formas como indispensables, y era la con-

sagración de ese desabrido sistema, que siempre ha tenido por consecuencia, en los que ciegamente lo adoptan, un frío amaneamiento. Esto era, sin duda, ley del tiempo: las revoluciones, en cualquier manifestación de la vida, han procedido siempre oponiendo principios radicales á los viejos errores que querían combatir, y sólo así han podido ser eficaces. En las letras españolas del siglo XVIII, la revolución hubiera sido un hecho desde 1750, si alguno la hubiera realizado con fuerza genial, porque las reformas artísticas no se hacen con fárragos de reglas, cuya aridez y sequedad repugna á las imaginaciones que ansían volar libremente.

Si Luzán ó alguno de los de su escuela hubieran sido grandes poetas, de seguro habrían arrastrado á la multitud, imponiéndole su sistema, y en tal caso la revolución literaria habría sido rápida y fecunda. Pero no fué así: Luzán no era un gran poeta; no era ni siquiera un buen estilista como Boileau, y por eso sus principios, sanos y útiles indudablemente entonces, se esterilizaron por completo; tanto, que no sabemos si es preferible la poesía soporífera y seca de Montiano, á los disparatados arrebatos de Gerardo Lobo y fray Juan de la Concepción.

Un grande y malogrado ingenio se mostró en mitad del siglo con fuerzas para tal empresa; pero desgraciadamente no quedó de él, después de su temprana muerte, más que una composición, que, aunque de bas-

tante mérito, no basta al trabajoso objeto que su autor se propuso. La célebre sátira de Jorge Pitillas fué lo que hoy llamamos un acontecimiento literario, porque produjo en el público una impresión honda de que hoy no podemos formar idea sino por los ruidosos y raros éxitos de algunas obras del teatro moderno. Esta hermosa composición revela una rigidez de carácter, una entereza tal, que no podía menos de producir en aquella sociedad de debilidad y afeminación sorpresa parecida al espanto. Todos los poetas que se vieron zaheridos y castigados por el látigo de Jorge Pitillas se desataron en denuestos impotentes, que fueron la comidilla de la gente de pluma. Por lo demás, se ha probado que la sátira tiene pocas ideas que no pertenezcan á las de Boileau, á su poética y á uno de sus discursos doctrinales (1); pero aun así es de mérito sobresaliente, no sólo por la noble audacia que revela y por la circunstancia de ser escrita en época de tantos extravíos, sino porque está versificada con soltura, con energía y vigor, y domina en ella un amargo encarnizamiento digno de Juvenal.

Por mucho tiempo estuvieron los reformistas sin hacer gran número de prosélitos. Porcel, uno de los más ardientes en edad

(1) *Bosquejo histórico-crítico sobre la poesía castellana en el siglo XVIII*, por don Leopoldo Augusto de Cueto, en el tomo LXI de la *Biblioteca de Autores españoles*.

madura, compuso de joven su poema *El Adonis*, que es por su método y asunto de lo más sandio en que se ha ocupado la fantasía humana. No dejan de vislumbrarse allí débiles rasgos de verdadera poesía; pero lo empequeñece y corrompe todo la insulsez del asunto, y la forma de églogas venatorias en que está escrito. Todo él respira culteranismo del más pueril y cándido; es simplemente un laberinto de equívocos y majaderías de aquéllas que Pitillas y Luzán querían desterrar de golpe. No era posible ciertamente extirpar un mal que estaba, digámoslo así, infiltrado en el pueblo, que por error y costumbre se había apoderado de la mente de los poetas, y era su propio numen. Los equívocos, los trueques de palabras, las mil bobadas y vaciedades del estilo culto, vivieron en una buena parte del siglo, y no acabaron sino á manos de otro vicio igualmente funesto, el prosaísmo, que, por secarlo todo, secó hasta las simplezas de aquellos desdichados poetas.

La nueva escuela, hechura del buen sentido, no produjo más que didácticos; ni era posible que se sujetasen á tan áspera disciplina ingenios rebeldes que se veían aplaudidos en sus desatinos y obtenían fáciles triunfos en todas partes: en palacio, en los salones de los grandes, en los teatros y en los más bajos é incultos círculos. Por mucho tiempo los pocos que se inclinaban á la nueva escuela de la sensatez y del orden artístico, fluctuaron entre los resabios concep-

tuos y el rigor clásico de la poética francesa. Torrepalma, que es uno de los pocos que en aquellos días presentan en sus obras rasgos de inspiración legítima, lo prueba en su *Deucalión*, donde quiere ser sensato y á veces da rienda suelta al más afectado gongorismo. El poema citado contiene hermosos trozos, no sólo de estilo, sino de sentimiento, expresado directamente por espontáneos desahogos del alma, y á veces rompe por instinto el vil cerco de las ligaduras convencionales y se muestra á la altura de Valbuena y Ercilla. No es así Montiano y Luyando, uno de los más insulsos poetas que han existido. Gozó fama de hombre de buen criterio como maestro, y aún la tiene; mas no comprendemos cómo se llama crítico respetable á un hombre que decía al hablar del *Quijote* de Avellaneda: "No creo que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes, si compara una parte con otra." Montiano es, como escritor, uno de esos caracteres antipáticos que nunca consiguen interesar, ni por sus aciertos ni por sus extravíos. No lo es menos don Blas Nasarre, el enfático detractor de Calderón, que no presenta á la admiración del mundo más que una ridícula paráfrasis del Padre Nuestro, en que no se sabe qué es peor, si la bajeza de las imágenes, ó la trivialidad grosera y hasta irreverente del estilo.

La reforma intentada por Luzán produjo otra cosa: además de esta generación de escritores pigmeos, nos trajo la moda de las

academias, que tiene alguna semejanza en nuestros días con el furor un poco más discreto de los teatros caseros. Creáronse círculos literarios con objeto de propagar el buen gusto y la nueva doctrina. Las damas especialmente gustaban de amenizar sus tertulias con la lectura de versos, y los acompañan ellas también. Eran certámenes algo parecidos á las cortes de amor del siglo precedente, palenques de discreteo con fin recreativo, no siendo enteramente ajena esta ocupación, tan ingeniosa como galante, á las intrigas y coloquios de amor. La academia del *Buen Gusto*, establecida en Madrid á imitación de otras italianas y francesas, fué algo como el Hotel Rambouillet, aunque un poco más bajo en el nivel de las insulseces. Todo era allí convencional y según las amaneradas formas de la poesía italiana: los académicos y las académicas se inclinaban naturalmente al idilio, el género femenino por excelencia; leían sus versos, que por lo general entrañaban segunda intención; se daba un juicio sobre ellos, y se extendía un acta como si se tratase de transcendentes asuntos. Los hombres más graves, magistrados, generales y ministros, no se desdaban de llevar allí su madrigal, dedicado á los dientes, á los ojos, al lunar de una dama, al santo del día, etc. Todo se hacía en forma pastoril; y allí, en los salones, no en los prados; en los tocadores de las condesas, no en los huertos y selvas, fué donde más se fomentó la empalagosa y rela-

mida poesía pastoril, que vivió en todo aquel siglo hasta las puertas del presente, animada con nueva savia por el talento de Meléndez. Cada académico de estas venerables asambleas adoptaba un nombre estrambótico, á semejanza de la academia de los Arcades de Roma, que ha puesto en ridículo para siempre los graves y gloriosos nombres de Jovellanos y Moratín: en el *Buen Gusto* los títulos eran *El Justo desconfiado*, *El Zángano*, *El Difícil*, *El Amuso*, *El Marítimo*, etc. También había allí un bufón, un gracioso, á quien se permitían toda clase de agudezas, aun las más chocarreras, y se toleraron asimismo los desahogos llamados vejámenes, que no tenían la gracia de los del tiempo de Quevedo y Alarcón. Villarroel fué el bufón de la academia del *Buen Gusto*: era cosa de ver cómo él y Porcel se cambiaban los calificativos de *burro*, *jumento* y otros parecidos con el mayor desenfado, y sin producir en la concurrencia otra cosa que hilaridad y alegría. Esta literatura, estos ocios poéticos de galantería y familiaridad, estas diatribas inocentes, fueron uno de los productos más inmediatos de la confusión originada por la monstruosa mezcla del culteranismo antiguo y la nueva escuela llamada del buen sentido. Compárese la farándula de estos salones, hija de una empalagosa retórica, con la poesía de las épocas viriles y bien caracterizadas, hija espontánea del espíritu nacional que la produce sin esfuerzo, robusta, vigorosa, pujante,

obedeciendo á esa ley providencial que engendra las grandes épocas del arte en el seno de las épocas grandes de la historia.

III

El reinado de Carlos III fué en política, á pesar de sus progresos administrativos, un reinado de turbación moral, de presentimientos y de esperanzas. Parece como que trajo nuevos problemas á los espíritus arrebatados por la lucha, y que al desconcierto antiguo sucedieron la desconfianza en lo porvenir y un común deseo de encontrar la solución que esta sociedad perturbada necesitaba. Parece como que los hombres fueron entonces más serios, y supieron mirarse en calma y conocerse.

No fué esta época la más adecuada para que la reforma literaria diera sus frutos. En tiempos de más serenidad hubiéralos dado completos á ser los principios de Luzán verdaderos principios estéticos, en vez de reglas convencionales fundadas en un sistema efímero muy propagado entonces, pero que ya cumplió su breve existencia. La Poética de Luzán, que en su tiempo pudo pasar por un buen código literario, y no es hoy sino una mala retórica, encarnaba el principio de la acertada imitación, de la sensatez niveladora del numen, el absurdo canon de los *buenos modelos* que ha secado en flor tantos

felices ingenios. Con tal principio no habrían existido Homero, ni Cervantes, ni Shakespeare, que no tuvieron modelo bueno ni malo. Esos impertinentes clasicos del siglo pasado mataban la generación presente, obligándola á no salir del camino trazado por sus antecesores. De este modo, el arte, en vez de ser la más alta expresión de la vida individual y colectiva de los pueblos, no sería más que una distracción, un ejercicio de la inteligencia, sin valor histórico, y encerrado en los límites de las academias del Buen Gusto ó de los Arcades de Roma. Este sistema sin vitalidad ni fuerza de convicción, por no ser iniciado por un Alfieri ni un Boileau, produjo aquí lo único que podía producir, un Moratín (don Nicolás) y un Cadalso, talentos extraordinarios si se les compara con sus predecesores y con sus coevos, medianos si se les pone en parangón con los que engendró la reforma en su último y florescente período. En ellos se advierte ya una adopción ciega de los nuevos principios, si bien el segundo fué más ardiente en esto que el primero, inclinado á veces por temperamento al gusto nacional. Como autor dramático, don Nicolás Moratín vale bien poco; como lírico, escribió cosas fastidiosísimas, entre ellas el poema de la Caza, la égloga sobre las antigüedades de Madrid y la composición dedicada al lidiador de toros Pedro Romero, cuyo enfático principio, *cítara áurea de Apolo*... no se olvida fácilmente. Pero en todos sus versos es un